

SCHILLER

LA CANCIÓN DE LA CAMPANA.

« El molde de arcilla queda asegurado en la tierra que lo rodea: hoy ha de nacer la campana. ¡Compañeros, pronto al trabajo! ¡Que el sudor chorree de vuestras frentes ardientes!... La obra honrará al operario, si la bendición de arriba le acompaña. »

Mezclemos palabras serias con el trabajo serio que emprendemos; palabras juiciosas disminuirán el cansancio. Observemos con cuidado el noble resultado de nuestros endeble esfuerzos: ¡quede avergonzado el ser estúpido que no puede comprender la obra de sus manos! El raciocinio es lo que ennoblece el hombre, descubriéndole el motivo y el fin de sus trabajos.

« Tomen leña de pino bien seca: la llama entrará en los tubos con más fuerza. Que un fuego activo apresure la mezcla del cobre y del estaño para que el bronce derretido corra después en el molde. »

Esa campana, que con la ayuda del fuego habrán formado nuestras manos en el seno de la tierra, testimoniará con frecuencia en favor nuestro, dentro de su elevada mansión. Muchos días ha de durar, muchos oídos ha de estremecer, sea que se lamente con los afligidos, sea que una sus acentos con los de la oración: todo cuanto el destino inconstante reserva á los mortales, ella lo contará con su boca de bronce.

« Blancas burbujas de aire salen á la superficie. ¡Bien! la masa principia á moverse. Dejemos que se penetre de la sal alcalina que ha de facilitar la fusión: es preciso que la mezcla su purgue de toda su espuma para que la voz del metal resuene pura y profunda. »

La campana es la que saluda con acentos de alegría al niño querido que viene á la luz todavía sumido en los brazos del sueño: negro ó blanco, su destino duerme también en el porvenir; pero los cuidados del amor materno vigilan sobre su mañana dorada. — Los años huyen como una flecha. Cuando ha llegado á ser un joven, abandona los juegos de sus hermanas y se precipita soberbiamente en la vida... Recorre el mundo con el bastón del viajero, después vuelve, extranjero, al hogar paterno. Entonces es cuando la joven, noble imagen de los cielos, le aparece en todo el brillo de su hermosura, con sus mejillas sonrosadas por la modestia y el pudor.

« ¡Cómo se ponen ya oscuros los tubos! Voy á zambullir esta rama en el crisol; si sale cubierta de una capa vítrea, será tiempo de vaciar. ¡Vamos! compañeros, ensayad la mezcla, y ved si la unión del metal duro con el metal dúctil se ha efectuado felizmente. »

Pues de la unión de la fuerza con la mansedumbre resulta una feliz armonía. Los que se unen para siempre deben estar seguros que sus corazones se corresponden. La ilusión poco dura, el arrepentimiento es eterno. — ¡Con qué gracia lleva su corona virginal la novia cuando el sonido argentino de la campana la llama á las pompas del himeneo! ¡Ay! la más hermosa fiesta de la vida nos anuncia también el fin de su primayera: ¡con la cintura y el velo cuántas ilusiones desaparecen! — La pasión huye y la reemplaza la afición; la flor se marchita y la reemplaza el fruto. — Es menester que

de hoy en adelante el hombre, en su lucha contra una vida hostil, emplee ya la actividad, ya la fuerza, ya la audacia para alcanzar la dicha. Primero la abundancia le prodiga sus dones; sus almacenes están rellenos de riquezas, sus posesiones se extienden, su casa se engrandece. La madre de familia gobierna sabiamente la casa y su espíritu de orden añade á los bienes ya adquiridos: llena de objetos preciosos sus armarios olorosos; sin parar, el hilo zumba en derredor de sus husos; la lana luciente, el lino blanco como la nieve se amontonan en sus cofres resplandecientes de limpieza y derramando por doquiera el lujo sobre la abundancia, nada concede al descanso.

El padre, entretanto, desde lo alto de su casa, echa una mirada satisfecha sobre su fortuna que florece en derredor de su habitación; contempla sus árboles, sus cercados, sus graneros ya llenos y sus campos donde se mece la nueva mies y de repente palabras de orgullo salen de su boca. « Mi prosperidad, sólida como los cimientos de la tierra desafía de hoy en adelante la adversidad! » ¡Ay! ¿quién puede hacer un pacto eterno con la suerte? La desdicha llega pronto.

« ¡Bien! se puede principiar á vaciar; sin embargo, antes de abrir el paso, dirijamos una ardiente oración al Señor... ¡Destápanse los conductos, y que Dios proteja el molde! ¡Oh, cómo los olas de fuego se precipitan en el espacio que se les abre! »

El fuego es una potencia benéfica cuando el hombre la domina y la vigila; es un don celeste que facilita muchos trabajos. ¡Pero qué temible es, ese hijo de la naturaleza, cuando vence los obstáculos que lo encadenaban y vuelve á tomar su independencia! ¡Qué desgracia, cuando abandonado á sí mismo, desarrolla su marcha triunfante por medio de una populosa ciudad! pues

todos los elementos son enemigos de las creaciones humanas. — ¡Del seno de las nubes cae la benéfica lluvia: del seno de las nubes.... cae el rayo!

¿Oís ese sonido que gime en la torre? ¡Es el rebato!

El cielo está de color de sangre y sin embargo no es la aurora; ¡qué tumulto por las calles! ¡qué de humo!... El fuego ya se eleva hasta el cielo en columnas flameantes, ya se precipita por todo lo largo de las calles, como la boca de un horno. El aire abrasa, las vigas crujen, las vidrieras chisporrotean, los niños gritan, las madres corren por una parte y otra, los animales aullan entre los escombros;... todo se atropella, perece ó huye. La noche brilla con toda la claridad del día. En fin una larga cadena se establece al rededor del incendio, el cubo vuela de mano en mano y por todas partes forma arcos el agua de las bombas.... Pero llega mugiendo el viento y remolinea en la hoguera... ¡Todo ha concluido!... La llama ha alcanzado los graneros donde están amontonadas ricas mieses y se encienden las maderas desecadas; después, como si quisiera en su fuga poderosa arrastrar en pos de sí todo el peso de la tierra, se lanza hacia el cielo en forma gigantesca. — El hombre ha perdido toda esperanza; se dobla bajo la mano de la suerte y asiste ahora á la destrucción de sus obras inmóvil y consternado.

¡Todo está vacío y quemado! Ahora solo la tempestad habitará esas ruinas ceñidas de espanto, que no verán pasar más que las nubes del cielo.

El hombre da una última mirada á la tumba de su fortuna y se aleja: ha vuelto á empuñar el bastón de viaje... es cuanto le ha dejado el incendio. ¡Pero una dulce consolación le aguarda al momento de partir: cuenta las cabezas que ama y todas han sobrevivido!

« La tierra ha recibido el metal y el molde se ha

llenado felizmente: pero ¿veremos al fin recompensados nuestro celo y nuestra actividad?... ¡Si la fundición no hubiese salido bien! ¡Si se rompiese el molde! ¡Ah! mientras nos abandonamos á la alegría tal vez el daño está ya hecho! »

Confiamos la obra de nuestras manos al seno tenebroso de la tierra: el labrador le confía su semilla en la esperanza que la bendición del cielo hará brotar las mieses de ella. Lo que en ella depositamos con miedo es más precioso aún; ¡ojalá salga también de la tumba para un glorioso destino!

Desde su cúpula elevada, la campana suena lenta y triste en las pompas de los funerales; sus acentos solemnes acompañan al hombre en su último viaje. ¡Ah! es una fiel esposa, es una tierna madre que el rey de las sombras arrebató de entre los brazos de un esposo, de los niños numerosos que joven todavía crió sobre su pecho con inagotable amor. ¡Ay! esos vínculos de familia están rotos y para siempre; sus cuidados, su dulce autoridad no vigilarán más sobre sus jóvenes hijos, desde ahora víctimas de una insensible madrastra.

« Mientras se enfría la campana, suspendamos nuestra dura tarea, y que cada cual se divierta como el ave bajo la enramada. Á los primeros vislumbres de las estrellas, el servidor libre de cuidados, oye con alegría dar la hora de la tarde; pero para el amo no hay descanso. »

El hombre, que, paseando, se ha alejado mucho en los bosques solitarios, precipita sus pasos hacia su casa querida; las ovejas balantes, los bueyes de pelo luciente y de ancha frente vuelven á su establo; el carro pesado se mueve penosamente bajo su carga de mieses; pero debajo de las gavillas hay una corona de flores trenzadas y los jóvenes segadores vuelan á la danza.

No tarda el silencio en pasearse por las plazas y las

calles; los habitantes del mismo techo se juntan en derredor del hogar común, y las puertas de la ciudad ciérranse con un largo gemido. La noche se vuelve todavía más oscura, pero no la teme el pacífico ciudadano; si el malvado se despierta con la sombra, el ojo de la ley está abierto sobre sus pasos.

¡El orden, hijo benéfico del cielo, es el que une á los hombres con lazos ligeros y amables, que afianza los fundamentos de las ciudades, que hace salir de los bosques al indómito salvaje, se sienta en las mansiones de los mortales, suaviza sus costumbres, y da el ser al más santo de los amores, el de la patria!

Mil manos activas se ayudan unas á otras, y para un mismo fin todos los esfuerzos se juntan: el amo y los criados trabajan igualmente bajo la protección de la santa libertad; cada cual vive contento de su suerte y desprecia al ocio que se burla, pues el trabajo hace la gloria del ciudadano, y la felicidad es su recompensa: se honra con sus obras como el rey con su pompa.

¡Paz amable, dulce unión, quedaos para siempre en nuestra villa; que nunca se levante para vosotras el día en que las bandas sangrientas de la guerra invadan este valle silencioso donde el cielo que se tiñe con la amable rubicundez de la tarde no reflejaría más que el incendio espantoso de las aldeas y de las ciudades!

« Ahora, que se rompa el molde: ha hecho su oficio; que nuestros ojos y nuestro corazón se deleiten á un tiempo con el dulce espectáculo que se les va á ofrecer: levantad el martillo, dése un golpe, otro, hasta que la envoltura caiga á pedazos, si queréis que la campana salga á la luz del día. »

El maestro puede romper el molde con una mano adiestrada y en el momento en que conviene hacerlo; ¡pero desdichado de él cuando el metal fundido se

escapa en torrentes de llamas, y que con el fragor del trueno rompe su estrecha envoltura, esparciendo ruinas y semejante á la hoguera del infierno! Donde se agitan fuerzas ciegas no hay que esperar efectos benéficos: así cuando un pueblo ha sacudido todo freno, no hay ya prosperidad para él.

¡ Oh qué desgracia cuando se cierne sobre las ciudades la rebelión con sus alas de fuego, cuando un pueblo desenfrenado se apodera del derecho de defenderse, cuando entre las sogas de la campana se suspende la Discordia con gritos de sangre, y convierte sonidos pacíficos en señales de carnicería!

¡ Libertad, igualdad!.. ¡ Por doquiera suenan estos gritos! El pacífico vecino corre á las armas; las calles, las plazas se llenan de multitud; bandas de asesinos las recorren seguidos de mujeres que se gozan en insultar las víctimas y arrancar el corazón á sus enemigos espirantes; ya no hay religión, ni vínculos sociales; los buenos abandonan el terreno á los malvados, y todos los crímenes andan con la frente erguida. ¡ Es cosa peligrosa despertar al león; el furor del tigre es temible, pero el del hombre es el más terrible de todos! La luz, beneficio del cielo, no se debe confiar al ciego, no lo alumbraría; pero entre sus manos podría reducir á cenizas las ciudades y los campos.

« ¡ Oh! ¡ qué alegría me ha dado Dios! ¡ ved cómo la campana desprendida de la arcilla reluce como una estrella de oro! cómo desde el vértice basta el borde resaltan bien las armas bajo los rayos del sol y atestiguan el talento del operario! »

Acudid, compañeros, acudid en derredor de la campana y démosle el bautizo: es preciso que la llamen *Concordia*, que presida á la reconciliación, y que reúna los hombres en un sincero acuerdo.

¡ Y tal era el objeto del maestro cuando la creó: que ahora lejos de las futilidades de la tierra se eleve en el cielo azul, cerca del trueno y coronada por las estrellas! Que su voz se mezcle al concierto de los astros que celebran su Creador y reglan el curso de las estaciones; que su boca de metal no resuene sino con sonidos graves y religiosos; que á cada hora el tiempo la hiera con su ala rápida; que ella misma, inanimada proclame las sentencias del destino; que sus movimientos nos instruyan de las vicisitudes humanas, y así como sus sonidos vienen á morir en nuestros oídos después de haberlos herido con un ruido majestuoso, que nos enseñe que nada es estable en esta tierra, y que todo pasa como un sonido vano.

« Ahora, tirad de los cables para que la campana salga del foso y que se levante en el aire; ese imperio del ruido.

« Tirad: se pone en movimiento... se cierne... anuncia la dicha á nuestra ciudad y sus primeros acentos van á proclamar la paz. »

EL BUZO

« ¿ Quién pues, caballero ó vasallo, se atreverá á zambullirse en ese abismo? En él arrojo una copa de oro; la sima oscura ya la ha tragado; pero el que me la vuelva á traer la tendrá en recompensa. »

Así dijo el Rey, y, desde lo alto de una peña ruda y tajada colgante sobre el mar inmenso, ha arrojado su copa en la sima de Caribdis: « ¿ Hay algún hombre de valor que en ella quiera arrojarse? »

Han oído los caballeros y los vasallos; pero se quedan callados; miran el mar indómito y el galardón no

lienta á nadie. El Rey repite por tercera vez; « ¿Cuál de vosotros se atreverá pues á zambullirse? »

Todos guardan silencio; pero he aquí salir del grupo trepidante de los vasallos un paje de semblante suave y valiente. Arroja su cinturón, se quita la capa, y todos los hombres, todas las mujeres admiran con miedo su valor.

Y, mientras se adelanta sobre la punta de la peña midiendo el abismo, Caribdis vomita las ondas que ha devorado y que salen de su profunda boca con el fragor del trueno. ¡ Las aguas hierven, se hinchan, se rompen y rugen como trabajadas por el fuego; la espuma hecha polvo salta hasta el cielo, y las olas sobre las olas se amontonan como si no se pudiese agotar el abismo, como si de la mar naciera otra mar!

Pero al fin su furor se calma, y, entre la blanca espuma aparece su boca negra y anchurosa, como una lumbrera del infierno; de nuevo se arremolinan las ondas y en ella se precipitan ladrando.

¡ Pronto, antes del regreso de las olas, el joven encomienda su alma á Dios, y... el eco repite un grito de terror! lo han arrastrado consigo las olas, parece que se cierre misteriosamente la boca del monstruo tragándose al atrevido buzo... ¡ No vuelve á parecer!

El abismo abonanzado, no deja oír sino un endeble, murmullo, y mil voces repiten temblando: « ¡ Adiós a joven de noble corazón! » Siempre más sordo se aleja el ruido y se aguarda con inquietud, con terror.

Aun cuando arrojaras tu corona, y dijeras:

« El que me la vuelva á traer la tendrá en recompensa y será rey... » no me tentaría tan glorioso premio. — ¡ Alma viviente nunca ha contado los secretos del abismo que ladra!

Cuantos buques arrastrados por el torbellino, se han

perdido en sus profundidades; pero no han vuelto á parecer más que mástiles y vergas destrozadas por encima de la insaciable tumba.

— Y el rumor de las olas resuena más distintamente, se va acercando, acercando, después estalla.

Helas ahí que hierven, se hinchan, se rompen y rugen como si las trabajara el fuego; la polvorosa espuma sube hasta el cielo, y las olas se amontonan; después con el fragor de un lejano trueno, cobijan el profundo abismo.

Pero mirad: de entre las negras olas va subiendo como un cisne resplandeciente; en breve se distingue un brazo desnudo, blancas espaldas que nadan con vigor y perseverancia... ¡ Él es! ¡ con su mano izquierda levanta la copa haciendo señas de alegría!

Y su pecho jadea; jadea largo rato; en fin el paje saluda la luz del cielo. Un dulce murmullo vuela de boca en boca: « ¡ Vive! aquí lo tenemos! el buen joven ha triunfado del abismo y de la tumba! »

Él se acerca, la multitud alegre le rodea, cae á los pies del Rey, é hincándose de rodillas, le presenta la copa. El Rey manda que venga su amable hija que llena el vaso hasta arriba de espumante vino y el paje, después de haber bebido, exclama:

« ¡ Viva el Rey por largo tiempo! — ¡ Felices los que respiran bajo la dulce claridad del cielo!... el abismo es una terrible mansión; que el hombre no tiende más los dioses, y no procure más ver lo que su sabiduría rodeó de tinieblas y de espanto.

» Primero me arrastraba la corriente con la rapidez del rayo, cuando un torrente impetuoso, salido del riñón de la peña, se precipitó sobre mí; esa doble potencia me hizo por largo tiempo dar vueltas como el trompo de un niño: era irresistible.

» Dios á quien imploraba en mi angustia, me enseñó una punta de roca que se adelantaba en el abismo, me agarré de ella con un movimiento convulsivo, y evité la muerte. Allí estaba la copa colgando de unas ramas de coral, que habían impedido se hundiera en profundidades infinitas.

» Pues debajo de mí, había como unas cavernas sin fondo, alumbradas por una especie de vislumbre rojiza; aunque estuviera atolondrado y mis oídos fuesen cerrados para todos los sonidos, mi vista columbró con terror multitud de salamandras, de reptiles, de dragones que se agitaban con un movimiento infernal.

» Era una mezcla confusa y asquerosa de rayas espinosas, de perros marinos, de esturiones monstruosos y de horrosos tiburones, hienas de los mares, cuyos rechinamientos me helaban de espanto.

» Y allí estaba yo suspendido con la triste certidumbre de hallarme lejos de todo amparo, solo ser sensible entre tantos monstruos diformes, en una soledad espantosa, donde ninguna voz humana podía penetrar, enteramente rodeado de figuras inmundas.

» Y me estremezco sólo al pensarlo... Al verlos dando vueltas en derredor de mí, me pareció que venían para devorarme... En mi espanto, abandoné la rama de coral, de la cual estaba colgado; al mismo instante el abismo volvía á vomitar sus ondas bramadoras; eso fué mi salvación pues me volvieron á traer á la luz del día. »

El Rey manifestó alguna sorpresa y dijo : « Te pertenece la copa y le añadiré este anillo adornado de un precioso diamante, si tientas otra vez el abismo, y me traes noticias de lo que pasa en las profundidades más remotas. »

Al oír estas palabras, la hija del Rey conmovida, así le suplica con voz cariñosa : « Dejad, padre mío; dejad un juego tan cruel; ha hecho por vos lo que ningún otro se hubiera atrevido á hacer. Si no podéis poner un freno á los deseos de vuestra curiosidad, que vuestras caballeros sobrepujen en valor al joven vasallo. »

El Rey cogió vivamente la copa y volviéndola á arrojar en la sima : « Si tú me la vuelves á traer otra vez, serás el más noble de mis caballeros, y podrás hoy mismo dar el beso de esponsales á la que con tanto ardor intercede por ti. »

Un divino ardor se apodera del alma del paje; en sus ojos chispea la audacia; ve á la joven princesa, sonrojarse, palidecer y caer desmayada. Tan digno galardón tienta su valor, y se precipita de la vida á la muerte.

La ola ruge y se hunde... Pronto vuelve á subir con el fragor del trueno... Cada uno se inclina y dirige sobre ella una mirada llena de interés : la sima vuelve á tragarse y á vomitar las olas, que siguen levantándose, cayendo y rugiendo... pero sin volver á traer el buze.

LA POTENCIA DEL CANTO

Un torrente se precipita por medio de las peñas y viene con el fragor del trueno. Montes en ruinas siguen su curso, y la violencia de sus aguas desarraiga encinas; el viajero, asombrado, oye ese ruido con un estremecimiento acompañado de cierto placer, escucha el bramido del agua que cae de la peña; pero ignora de donde viene ésta. Así se precipita la armonía por

grandes ondas sin que se puedan conocer los manantiales de donde fluye.

El poeta es el aliado de los seres terribles que llevan en su mano los hilos de nuestra vida; ¿quién pues podrá romper sus nudos mágicos y resistir á sus acentos? Él posee el cetro de Mercurio, y lo usa para guiar las almas; ya las conduce al reino de los muertos, ya las levanta maravilladas hasta el cielo, y las deja suspensas, entre la alegría y la tristeza, sobre la frágil escala de las sensaciones.

Cuando en medio de una reunión donde reina la alegría, se adelanta de repente, cual pálido fantasma el implacable destino, entonces todos los próceres de la tierra se postran ante ese desconocido que llega de otro mundo; cesa el vano tumulto de la fiesta, caen las máscaras, y desaparecen las obras de la mentira ante el triunfo de la verdad.

Del mismo modo, cuando preludia el poeta, cada cual arroja de repente la carga que se ha impuesto, levántase el hombre hasta el rango de los espíritus y siéntese transportado hasta las bóvedas del cielo; entonces pertenece enteramente á Dios, nada de terrestre se atreve á acercársele, y cualquier otra potencia está obligada á callar. La desgracia nada puede con él, mientras dura la mágica armonía: desaparecen de su frente las arrugas que en ella ha formado el dolor.

Y, así como, después de largos deseos no cumplidos, después de una larga separación regada de llanto, un hijo se arroja al fin en el regazo de su madre, inundándolo con las lágrimas del arrepentimiento, así la armonía vuelve á conducir siempre bajo el techo de su niñez, á la pura felicidad de la inocencia. el fugitivo descarriado por ilusiones extrañas; y lo

devuelve á la naturaleza que le abre los brazos para calentar su genio helado por la sujeción de las reglas.

Á. GOETHE.

Cuando tradujo para el teatro el *Mahoma* de Voltaire.

¡Y tú también que nos habías librado del yugo de las falsas reglas, para volvernos á llevar á la verdad y á la naturaleza; tú, Hércules en su cuna, que con tus manos de niño ahogaste las serpientes enroscadas al rededor de nuestro genio; tú, desde tanto tiempo ministro de un arte enteramente divina, vas á sacrificar sobre los altares de una musa que no adoramos más!

Este teatro está consagrado solo á la musa nacional, y no serviremos más en él á divinidades extranjeras; ahora podemos enseñar con orgullo el laurel que ha crecido de por sí solo sobre nuestro Parnaso. El genio alemán ha tenido el valor de penetrar en el santuario de las artes, y siguiendo el ejemplo de los griegos y de los bretones, ha procurado conquistar palmas que no habían sido todavía cogidas.

No intentes pues volvernos á poner nuestras antiguas trabas con esa imitación de un drama del tiempo pasado; no nos recuerdes los días de una minoridad degradante...

Sería una tentación inútil y despreciable el querer detener la rueda del tiempo que arrastran las horas rápidas; nuestro es el presente, no existe ya el pasado.

Nuestro teatro se ha ensanchado; un mundo entero se agita ahora dentro de su recinto; ya no se oyen conversaciones pomposas y estériles; una fiel imagen de la

naturaleza : eso es lo que en él puede pretender agradarnos. La exageración de las costumbres dramáticas ha sido desterrada de la escena, el héroe piensa y obra como un hombre que es; levanta libremente la voz la pasión, y lo bello nace solamente de lo verdadero.

Sin embargo, el carro de Tespis es de construcción ligera; es como la barca del Aqueronte que no podía llevar más que sombras y vanas imágenes; vanamente se apresura la vida real para subir en ella, su peso hundiría esa frágil embarcación que no sirve sino para espíritus aéreos; jamás la apariencia alcanzará enteramente la realidad; allí donde se manifiesta la naturaleza, es preciso que se aleje el arte.

Así, sobre las tablas, siempre aparecerá un mundo ideal, pero sólo las lágrimas serán reales y la emoción no nacerá de un error de los sentidos. La verdadera Melpómene es sincera; nos promete solamente una fábula, pero sabe unir con ella una verdad profunda; la falsa nos promete la verdad, pero falta á su palabra.

El arte estaba para desaparecer del teatro... La imaginación sola quería establecer su imperio, y trastornar la escena como el mundo; lo sublime y lo vulgar se hallaban confundidos... El arte no tenía más asilo que entre los franceses : pero éstos nunca alcanzarán en él la perfección; encerrados dentro de inmutables límites, en ellos se mantendrán sin atreverse á traspasarlos.

La escena es para ellos un recinto consagrado; de esa magnífica mansión se hallan desterrados los sonidos rudos y sencillos de la naturaleza; el lenguaje se ha elevado en él hasta el canto; es un imperio de armonía y de belleza; todo en él se reúne en noble simetría para formar un templo majestuoso, en el cual uno no puede permitirse movimientos que no estén ordenados por las leyes de la danza.

No tomemos á los franceses por modelos; entre ellos la vida no anima el arte; la razón, que ama á la verdad, rechaza sus modales pomposos, su afectada dignidad... Solamente, nos habrán guiado hacia el progreso; habrán venido como un espíritu que se habrá evocado, para purificar la escena profanada por tanto tiempo, para volverla la digna morada de la antigua Melpómene.

LA PARTICIÓN DE LA TIERRA.

« Tomaos el mundo, dijo un día Júpiter á los hombres desde su trono; que vuestro sea eternamente como feudo ó como herencia; pero partido entre vosotros como hermanos.

Á estas palabras, jóvenes y viejos, todos se preparan y se ponen en movimiento : el labrador se apodera de las producciones de la tierra; el gentilhombre del derecho de cazar en los bosques.

El mercader toma todo cuanto pueden contener sus almacenes; el abad escoge para sí los vinos más exquisitos; el rey pone barreras en los puentes y caminos y dice : « Mío es el derecho de peaje. »

Estaba hecha la partición desde largo rato cuando se presentó el poeta. ¡Ay! nada quedaba ya para él, y cada cosa tenía dueño.

« ¡Desdichado de mí! ¿Debe quedarse olvidado el más querido de tus hijos?... » decía él á Júpiter pos-trándose ante su trono.

« ¿Si te has detenido demasiado en el país de las quimeras, contestó el dios, qué tienes que reprocharme?... ¿Donde estabas pues durante la partición del mundo? — Estaba cerca de ti, contestó el poeta.

« Mis ojos contemplaban tu rostro, mis oídos escuchaban tu celeste armonía; perdona á mi mente, que deslumbrada por tu resplandor, se ha separado por un instante de la tierra y me ha hecho perder mi parte de ella.

— ¿Que haremos? dijo el dios. Nada tengo que darte : los campos, los bosques, las ciudades, todo eso ya no me pertenece; ¿quieres que parta el cielo contigo? ven á habitarlo, siempre estará abierto para ti. »

EL CONDE DE HABSBURGO.

En Aquisgrán, en medio de la antigua sala del palacio, el rey Rodolfo, en todo el esplendor de la potencia imperial estaba sentado al espléndido banquete de su coronamiento. El Conde palatino del Rhin servía los manjares sobre la mesa, el de Bohemia vertía el vino espumante, y los siete electores, tales como el coro de las estrellas que dan vueltas en derredor del sol, se apresuraban á cumplir con los deberes de su cargo cerca del dueño de la tierra.

Y la alegre multitud del pueblo llenaba las altas galerías; sus gritos de alegría se juntaban con el ruido de los clarines; pues largo y sangriento había sido el interregno, y se acababa de devolver un juez á la tierra; el hierro no hería ya á ciegas, y el endeble amigo de la paz, no tenía ya que temer los vejámenes del poderoso.

El Emperador cogió la copa de oro, y dirigiendo en derredor suyo miradas satisfechas : « Brillante es la fiesta, el festín es espléndido, todo aquí encanta el corazón de vuestro soberano; sin embargo, no veo romancero alguno que venga á conmovier mi alma con

armoniosos cantos ó con las sublimes lecciones de la poesía. Tal ha sido mi placer más vivo desde la infancia, y el emperador no desprecia lo que fué el deleite del caballero. »

Y he aquí que un trovador atravesando el corro de los príncipes, se adelanta vestido de traje talar; sus cabellos brillan argentados por largos años : « En las cuerdas sonoras de la lira duerme una suave armonía, el trovador celebra las aventuras de los amantes, canta cuanto hay de noble y de grande sobre la tierra; lo que desea el alma, lo que pide el corazón; ¿pero cuáles cantos serían dignos de semejante monarca, en su fiesta más brillante?

— Nado prescribo al trovador, contesta Rodolfo con una sonrisa; él pertenece á un señor más encumbrado, obedece á la inspiración : parecido al viento de la tempestad del cual no se sabe el origen, al torrente cuyo manantial es desconocido, el canto de un poeta brota de las profundidades de su alma, y despierta los nobles sentimientos adormecidos en el fondo de los corazones. »

Y el trovador cogiendo su lira, preludia con poderosos acordes.

« Un noble caballero cazaba en el bosque la rápida gamuza; seguiale un escudero con los pertrechos de la caza; y en el momento que montado en su soberbio corcel, estaba el caballero para entrar en una pradera, oye una campanita que sonaba en lontananza... Era un sacerdote precedido de su monacillo, y llevando el cuerpo del Señor...

« Y el caballero se apeó, se descubrió humildemente, y adoró con piadosa fe el Salvador de todos los hombres. Mas un arroyo que atravesaba la pradera y que habían hecho crecer las aguas de un torrente, de-

tuvo los pasos del sacerdote, quien depuso en el suelo la ostia santa y apresuróse á descalzarse para cruzar el arroyo.

« — ¿Qué hacéis? dijo el Conde asombrado.

« — Señor, corro á casa de un moribundo que suspira por el celeste alimento, y acabo de ver, á mi llegada, ceder la tabla que servía para pasar el arroyo á la violencia del agua. Pero es preciso que el moribundo no pierda la esperanza de la salvación, « y voy á cruzar la corriente descalzo. »

» Entonces, el poderoso Conde, lo hace subir en su hermoso caballo y le presenta la brida reluciente; « así podrá el sacerdote consolar al enfermo que le espera y no faltar á su deber sagrado. Y el caballero sigue su caza montado en el caballo de su escudero, « mientras el ministro de los altares concluye su viaje : al día siguiente por la mañana vuelve á traer al Conde su caballo que lleva modestamente por las riendas, manifestándole su agradecimiento.

« — ¡Me guarde Dios, exclamó el Conde con humildad, « de volver más á montar para el combate ó la caza un caballo que ha llevado á mi Creador! Si no podéis tenerlo para vos mismo, sea consagrado al servicio divino; pues lo he dado á ese á quien debo el honor, los bienes, el cuerpo, el alma y la vida.

« — ¡Y bien, que Dios, protector de todos, que escucha los ruegos del endeble, os honre en este mundo y en el otro del mismo modo que le honráis hoy. ¡Sois un poderoso Conde, célebre por vuestras hazañas en Suiza; seis hermosas hijas florecen en derredor vuestro : ¡ojalá, añadió como inspirado, « traigan seis coronas á vuestra casa y perpetúen vuestra ilustre raza! »

Y el Emperador sentado meditaba en su mente y

parecía transportarse por el pensamiento á tiempos ya lejanos... De repente fija la vista en las facciones del trovador; sorprendido por el sentido de las palabras, reconoce en él al sacerdote, y con su manto de púrpura esconde las lágrimas que le corren por la cara. Todas las miradas se dirigen entonces sobre el Príncipe : lo que se acaba de oír no es ya un misterio y cada cual bendice los decretos de la Providencia.

EL PRINCIPIO DEL SIGLO XIX.

A***.

¡Oh, mi noble amigo! ¿donde se refugiarán de hoy en adelante la paz y la libertad? Un siglo acaba de extinguirse en el seno de una tempestad, un siglo nuevo se anuncia con la guerra.

Todos los vínculos están rotos entre las naciones, y todas las antiguas instituciones se desploman... El vasto Océano no detiene los furios de la guerra; el dios del Nilo y el antiguo Rhin nada pueden contra ellas.

Dos poderosas naciones pugnan por el imperio del mundo; y para anonadar las libertades de las naciones, el tridente y el rayo se agitan en sus manos.

Cada país les debe oro : y como Breno en los tiempos bárbaros, el francés echa su espada de bronce en la balanza de la justicia.

El inglés, cómo un pólipo de cien brazos, cubre el mar con sus ávidas escuadras, y quiere cerrar, como si fuera su mansión propia, el libre reino de Anfitrites.

¡Las estrellas del Sur todavía no percibidas se ofrecen á sus incansables navegantes; descubre las islas, las costas más apartadas... pero la dicha jamás!

¡Ay! en vano buscarías por toda la superficie de la